

FEMINISMO: HEROÍNAS DE ANDAR POR CASA.

Montserrat Huguet

**Prof. Titular de Historia Contemporánea
Universidad Carlos III de Madrid**

Es en la aproximación al tiempo contemporáneo cuando se da forma a la utopía liberal de las esferas pública y privada. La separación entre ambas, especialmente en el plano de las costumbres, permite construir una ética de lo privado que busca abandonar los usos del Antiguo Régimen. En la sociedad tradicional no existe la doble esfera, de ahí que se acoplen los campos de los intereses y de las emociones evitando recelos innecesarios. La utopía liberal propone un ámbito privado en el que las mujeres se ofrecen primordialmente a la custodia y el cuidado de las personas con las que conviven. La abnegación como valor supremo infunde al sujeto femenino una cualidad única en la historia, que constituye la base de una organización burguesa armoniosa y, técnicamente, igualitaria. La esencia de la organización propuesta es la negación del conflicto y en consecuencia propende al orden y la estabilidad.

Entretanto, el sujeto masculino se desenvuelve, mejor que nunca, en solitario en el espacio público. Allí su actuación es libre y plenamente activa; es además, a diferencia de la de las mujeres en el seno de la sociedad privada¹, cuantificable, mensurable en términos económicos, de producción y de productividad, de logros; merecedora de reconocimiento y recompensa.

Paralelamente a la consagración de esta dicotomía conceptual y funcional, la revolución, ejercicio supremo del cambio histórico allá donde los haya, propone un estado de conflicto que incita a la fusión de las esferas pública y privada. La identidad del sujeto femenino en el seno de la burguesía ascendente en el Antiguo Régimen ve quebrarse los principios que le dan forma a causa de una subversión del orden social que reclama a las mujeres que se responsabilicen también de ciertos intereses materiales afectos a la vida pública. El sentido común que se estaba edificando en torno a la familia se ve sustancialmente alterado por la adquisición de ciertas conciencias: la de individuo en primer término, y a continuación la de género.

Si el ser *genérico* de la condición femenina burguesa en el tránsito del Antiguo Régimen se ahorraba en torno a la función de entrega al otro, las revoluciones empujan a la mujer a identificarse en tanto sujeto histórico, ante sí misma primero, y ante los demás a continuación². La mujer descubre, no sin merma —a cuenta de las resistencias de la historia— de la quiebra en su salud física y psíquica, su cualidad personal, su función cívica y su responsabilidad en el *común* (¿pueblo, nación, sociedad de masas, sociedad democrática?).

¹ FOLGUERA, P.: “Historia, espacio privado y género” en *Ciudad y Mujer. Actas del Curso de Urbanismo y Mujer. Nuevas Visiones del espacio público y privado*. Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España. Madrid. 1996. Pp 319-329.

² GÓMEZ FERRER, G.: “Hacia una redefinición de la identidad femenina: las primeras décadas del siglo XX”. *CUADERNOS DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA*, nº 26, 2004, pp. 9-22.

Como en el resto de los sujetos históricos que se incorporan al discurso contemporáneo, el tránsito hacia la conciencia moderna³ en las mujeres es traumático, está recorrido por la condición de las identidades jóvenes e indecisas, así como por la prueba cotidiana de que hay problemas que el tiempo de la historia no está hecho para resolver aún⁴. Por ello es que en la narración que las mujeres hacen de sí mismas está presente el recurso a la autodestrucción, la tentación continua a ponerse al frente de cargas personales desmesuradas, tareas que les hagan purgar el pecado del “*ser para sí*”. Este pecado es omnipresente, a juicio de los hombres, en su pensamiento cotidiano; se vincula a un pensamiento ancestral y soterrado, ajeno a la moderna moral burguesa, y es alentado por la tendencia de las costumbres a perdurar más allá del cambio inherente a la condición humana.

De alguna forma imprecisa aunque innegable, también las mujeres –el arte de la literatura lo refleja⁵– vislumbran al héroe romántico y le dan forma en el desconsuelo y la oscuridad de sus “*yoes*” respectivos. Hay en las heroínas románticas⁶ un agravio comparativo en relación con los varones que dan voz al personaje público. Ellas, inventoras de héroes varones a los que prestan su voz⁷, aceptan con resignación inimaginable en un hombre, la opacidad de sus discursos. Si el suicidio es para ellos un recurso siempre airoso, *glorioso* para ser más exactos, ellas en cambio lo observan como una suerte de discreta liberación. Pasado un tiempo, cuando las aguas que vuelven al cauce se han remansado, los hombres que practican romanticismo en Europa sienten el deber interno de volver a abrazar el orden. Las mujeres que van rompiendo los tabúes, carecen en cambio de dicha pulsión, instadas tal vez por el “*no hay vuelta atrás*” que aprendieron desde niñas. En su caso solo se permiten desaparecer, desaparecer para expiar su culpa y obtener así el perdón⁸.

³ ESPIGADO, G.: “Mujeres y Ciudadanía. Del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal” Seminario, Universidad Autónoma de Barcelona, DEBATS, 2006. Aborda la cuestión del vínculo de las mujeres españolas con el primer liberalismo a comienzos del siglo XIX. La referencia comparativa a la experiencia de las mujeres anglosajonas embarra con frecuencia la de las latinas, proclives a reivindicaciones de naturaleza social antes que política. Ver también NIELFA, G.: “La revolución liberal desde la perspectiva de género” en GÓMEZ-FERRER, G. (Coord): *Las relaciones de género*, REV. AYER, N°17, 1993, pp. 103-120.

⁴ NASH, M.: *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Barcelona, Alianza Editorial, 2004. En los primeros capítulos del libro la autora analiza la construcción de la “domesticidad” del ámbito femenino en la Europa y Norteamérica del siglo XIX, en paralelo a la de la modernidad; las resistencias, las luchas, y la construcción de los feminismos, movimientos heterogéneos.

⁵ WOLLSTONECRAFT, M: *Vindicación de los Derechos de la Mujer (1792)*, Barcelona, Cátedra, 1994. Isabel BURDIEL, editora.

⁶ KIRPATRICK, S.: *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1991.

⁷ SHELLEY, M.: *Frankenstein o El moderno Prometeo*; edición de Isabel Burdiel, Madrid, Cátedra, 1996 Colección Letras Universales. Mary Shelley escribió a los 18 años la novela *Frankenstein* (1818), con la que se inicia el género de ciencia-ficción. Su estructura, de cajas chinas. La imaginación y la razón, la emoción y el intelecto, la instrucción y la necesidad de independencia, son extremos recurrentes en un texto en el que la autora aborda el problema de la formación de la personalidad del individuo.

⁸ Sue, uno de los dos personajes femeninos que Thomas HARDY describe en *Jude el Oscuro* (1895), es un magnífico ejemplo. Atormentada por la contradicción que ella misma ha propuesto a su vida, evita el matrimonio y convive con el hombre a quien ama en voluntarioso adulterio; para colmo, se gana la vida con su esfuerzo personal, por medio su actividad artística. Con todo fracasa, reniega

A veces la desaparición no es opcional, sino una imposición vital e inesperada. La vida puede colapsarse de forma prematura. Las mujeres románticas lo saben bien. Su aspecto, pálido y ojoso, se alía con la enfermedad de moda, la tuberculosis, para conducir las a un viaje retorno. La *Dama de las Camelias*, de Alejandro Dumas, se deja morir, lastrado su ánimo por la estética del momento: la *muerte blanca*.⁹ la *consunción*. Las hermanas Bronte, -la brillante Emily, autora de *Cumbres Borrascosas*- crecen a la sombra del ánimo melancólico que les provoca la convivencia con la enfermedad. Momentos de languidez se alternan con atisbos de exaltación; dolor y placer: confusión creativa. La enfermedad acrecienta el gusto por la vida, desarrolla la sensibilidad con que los enfermos perciben el breve entorno inmediato que es el de su enclaustramiento. A falta de otras, la lectura y la escritura son ventanas inconmensurables desde las que atisbar y elaborar la experiencia.

¿Hay acaso una excusa más noble que la enfermedad para aferrarse y justificar el encierro doméstico, el encierro de la escritura? Ellos -Keats, Chejov, Kafka, Mann- también enferman de *consunción*, pero invierten sus exiguas energías en ensalzar la estética de sus padecimientos, que son además óptimos al proceso creativo y favorecedores de la gloria que ha de venir a continuación. Ellos no se encierran en casa, ellos viajan, habitan sanatorios de alta montaña y allí cultivan el amor y la amistad. Mantienen una intensa vida social, o sencillamente permiten que la enfermedad les consuma en un burdel, entre vapores que anegan la conciencia. Ni siquiera en la enfermedad que prologa la muerte las mujeres renegarían de ella, de la sacrosanta conciencia. Antes de partir hay que dejarlo todo bien dispuesto para los que se quedan atrás.

Con un pie dentro y el otro fuera.

Aún así, también ellas acabarán yéndose. ¿Qué busca la mujer que intenta abandonar el hábitat de la esfera privada? Seguramente poco más que adquirir una cierta visibilidad. Al dar este paso, es consciente de que rompe las convenciones en las que vive y de las que vive, de que se lanza a un vacío inexplorado, tanto como el de la tierra ignota que aventuran los libros¹⁰. También sabe que con su gesto contribuye a quebrar la armoniosa *felicidad* que la Ilustración le encargó custodiar. Al propiciar un conflicto en el seno de la sociedad, un cuerpo virtuoso cuyo estado ideal es la calma, se pone a sí misma en el punto de mira del resto de los órganos y de las articulaciones que, al moverse ella fuera del plan,

finalmente de su aventura y vuelve al redil del ámbito privado. Dios la ha castigado -piensa-, sus hijos han muerto a causa de su afán rebelde. Ella es inmaterial y valiente; pero son estas cualidades insuficientes para sobrevivir. Ciertamente, Hardy es un autor pesimista, pero con todo, su prosa no hace sino reforzar la creencia vulgar en el destino castigador para aquellas que fuerzan el régimen de la complacencia en el que se han educado. Alterar la determinación de la naturaleza sobre el género no provoca sino desgracias.

⁹ DUBOS, R.J.: *The White Plague. Tuberculosis, Man and Society*, Boston, Little Brown, 1953.

¹⁰ Pese a que en el siglo XIX el mundo de los viajes estaba vedado a las mujeres, Alexandra David-Néel llegó sola al Tíbet, Lady Charlotte Canning a la India, y Gertrude Bell fue exploradora en Oriente Medio y consejera del famosísimo Lawrence de Arabia; Ver el trabajo divulgativo de MORATÓ, C.: *Viajeras intrépidas y aventureras*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005; *Las damas de oriente, grandes viajeras por los países árabes*; *Las reinas de África, grandes viajeras por el continente negro*, ambas en la colección del bolsillo de Plaza y Janés.

se están desajustando. El ser social¹¹ deja de funcionar y enfoca su punto de mira hacia ella, a la que acusa del deterioro subsiguiente de sus órganos. La visibilidad parece pues un bien más codiciado que la propia felicidad.

Aún así, ¿no es la educación sentimental que reciben las mujeres una herramienta demasiado pobre para alcanzar al fin la ansiada visibilidad? Las mujeres descubrirán que no; si bien la emoción puede llegar a ser un lastre si no se administra con prudencia. Es posible que la mujer aspire –como ya lo hace el hombre- a algo distinto a lo que ya ha probado, algo que, por nuevo, tal vez pudiera ser inquietante; me refiero a una porción de la tarta que es el conocimiento. Un nuevo dulce se ha puesto en circulación y las mujeres quieren probarlo¹². ¿Es posible para ellas una forma de conocimiento que no sea tan solo emocional? ¿Tienen gusto las mujeres por los hábitos racionales que se interesan por la *verdad*? ¿Son la emoción y el conocimiento dos objetos compatibles? Amor y conocimiento: “¿la fórmula de la felicidad?” –se preguntarán, esperanzadas en haber hallado un camino de síntesis.

Concebido culturalmente como un ser emocional cuyo caldo de cultivo, el hogar, constituye el único espacio de certidumbre, la verdad, en tanto objeto preferente del mundo moderno, no debería ser para la mujer un señuelo eficaz. En el mundo en tránsito que es el origen de la contemporaneidad, las mujeres siguen apegadas a la apariencia; en la apariencias –creen los hombres- antes que en la verdad se sienten confortadas. La esencia de su experiencia femenina pasa por el control de los instrumentos que regulan el mundo de las sensaciones¹³, algo que –pese a haber sido infravalorado durante siglos- hoy se eleva al rango de inteligencia, pese a que sea *solo* inteligencia emocional.

Quizá la mujer no haya tenido que preguntarse por la cualidad moral de sus acciones cuando estas se veían sujetas al estricto protocolo doméstico, el que venía dado por la privacidad del medio en que se desenvolvían. Es la supremacía de la inocencia la que no le permite adquirir conciencia de sí misma. Ya que no pueden serlo con nadie más, las cuentas de ella siempre han sido con Dios.

Ahora bien, la fusión de las esferas expone a las mujeres a una situación para la que muy pocas se sienten preparadas. La acción fuera de casa, la acción en el mundo –el trabajo autónomo y remunerado, por ejemplo¹⁴- es una experiencia que comporta un régimen de moralidad cívica acerca del que no han recibido instrucción. El cientifismo, la certeza, el ser, nociones capturadas solo a partir de la conciencia del otro, son lecciones que requieren un atento aprendizaje. Primero individuo, la mujer, cada mujer en realidad, acaba

¹¹ FOLGUERA, P. “Las mujeres en la Europa social”. AGORA Revista de Ciencias Sociales. Valencia. 2002. Pp.56-73.

¹² LINDBERG, D.,C.: *Los inicios de la ciencia Occidental*. Paidós,2002. MOZANS, H.J.: *Women in Science*. Cambridge, Massachusetts, MIT Press, 1974 (reed.) La mayoría de las mujeres preocupadas por la ciencia, al menos hasta bien entrado el siglo XX se *enganchan* a los trabajos ya iniciados por sus esposos. Es el caso de Marie Anne Pierrette Paulze (1758-1836), esposa de Lavoisier, que se encargaría de la publicación de sus trabajos cuando él falleció. Ver, SOLSONA Y PAIRO, N.: *Mujeres científicas de todos los tiempos*, Madrid, Pairó, 1997.

¹³ Sobre la educación sentimental, MORANT, I.: “La educación sentimental de las mujeres: una mirada desde la historia”, en Cursos de Verano, Universidad de Alicante, 27 de julio de 2000.

¹⁴ MAQUIEIRA, V. y VARA, M. J. (COORD): *El trabajo de las mujeres, siglos XVI y XX*, VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria Sobre la Mujer, 1996.

descubriendo que habr devenir en pieza del engranaje, de la cadena espacio temporal que del recién denominado mundo.

Si la historia fuera un río, las mujeres entrarían en él metiendo primero los pies, a continuación el cuerpo, por último la cabeza. Algunas se quejarían de la baja temperatura del agua, y darían saltitos para entrar en calor; otras, en cambio, se limitarían a disfrutar de la progresiva tibieza del contacto helado con la paciencia del neófito. Pero ni la historia es un río, ni las mujeres son piedras inertes que se lanzan o se dejan lanzar por manos anónimas. Hay, como ha habido en cada elemento del proceso de cambio histórico, una conciencia activa de identificación con él que compete solo a las mujeres. El liberalismo separó las esferas pública y privada, haciendo sin embargo posible que en el seno de la primera se formase la roca intrusiva que terminó siendo la revolución, cuyo efecto a la larga no sería otro que volver a juntarlas. Las mujeres no fueron parte del cambio. Ellas fueron el cambio. Aún así, prefirieron no renunciar a nada. Sacralizaron en la memoria la esencia de un modelo a todas luces superado, ese espacio en la esfera de lo particular que atañe a las creencias y de las representaciones.

Pero por más que estimemos sus logros históricos, lo cierto es que las revoluciones no se fijaron demasiado en las mujeres. La Revolución Francesa hizo por ellas menos de lo que esperaban. Las francesas, -la anónima *Mme. B.B.*- se encargan de escribir algunos de los Cuadernos de Quejas, y Mme. Roland formula por escrito el derecho de ciudadanía para las mujeres. Ilusionadas, todas quieren lucir la escarapela y el gorro frigio. Sin embargo, en el primer tercio del siglo XIX las leyes francesas les siguen exigiendo obediencia al marido, que determina el lugar en el que han de vivir. Como una flor plantada en un macetero, cuando ella se niega a obedecer la ley autoriza a su jardinero a recurrir a la fuerza. Quizá prefiera dejar de regar la maceta o quizá sencillamente opte por arrancar la flor. La decisión es suya. El divorcio, previsto por ley en tiempos de revolución, fue suprimido entre 1816 y 1884¹⁵.

Para las mujeres la ciudadanía ¿es solo un mito alentador?¹⁶ A la sombra del liberalismo europeo, no se resignan sin embargo a dejar de indagar los primeros espacios de significación pública¹⁷, aunque deban hacerlo desde el hogar. El mecenazgo y el apoyo permanente a la promoción de los varones se dan por descontado en los aciertos femeninos testimoniados por la historia. Las señoras son muy sociables. Pero, ¿y la Patria, y la Nación? ¿Son la patria y la nación objetos de interés adecuados para ellas? Las mujeres patrocinan el asociacionismo femenino y fundan grupos patrióticos, casi siempre bajo los auspicios de la religión. Ya se sabe, “religión y patria”. En plena resistencia a la expansión napoleónica en Europa, los reyes impulsan el afán femenino por ser parte de la Patria. De lo malo, ellas –aunque asociadas- procuran un bienestar común que, amén de conservador y hasta reaccionario, promueve la resistencia frente al invasor que, bien mirado, pudiera ser el culpable de alterar de verdad el orden de las cosas. Es la dimensión social de la ciudadanía de la que terminarán ocupándose las mujeres; de la beneficencia y la maternidad, de la organización de la educación y de la salud, campos desestimados aún por el proyecto liberal que, no obstante, acabará apropiándose los a poco que ellas se descuiden. La vida

¹⁵ Ver ZELDIN, Th.: "Le femmes", *Histoire des passions françaises; 1848-1945. Ambition et amour*. Recherches, 1978.

¹⁶ MARSCHALL, C.: *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza, 1998. Original, en inglés, de 1950.

¹⁷ FOLGUERA, P.: “La participación política de las mujeres” en *Construyendo la igualdad en el espacio público*. Diputación Foral de Bizkaia. 2002, pp: 59-70.

cívica de las comunidades locales es cosa de mujeres. Ellas son las madres, las novias, las hermanas de los ciudadanos en armas contra el agresor.

En la máxima algarada del liberalismo, lo *particular* recrea el viejo mundo de lo privado bajo la mirada atenta de lo público, y las mujeres se apoderan de la esencia de la intrahistoria que teje sus entramados más sutiles. La justificación para este paso no es otra que la supervivencia. No puede haber ninguna razón de mayor peso para que ellas desafíen la fusión suprema de las dos esferas y, prudentes como son siempre, terminen por mantener un pie en cada una, haciendo de lo particular un reino en el que la estética puede sobrepasar los márgenes de la ética. En plena acometida de las revoluciones, también hay algunas mujeres, mayoría en realidad, a quienes deleita la imagen de sí mismas en tanto defensoras del contrato que mantiene holgadamente separados los dos espacios. No deberíamos menospreciar esta evidencia.

Los espejismos en los que se movía la mujer en el Antiguo Régimen acaban por disolverse en la materia que les da luz, cristales de espejo que devuelven a la mujer la imagen que ella misma quiere ver, en el momento en que así lo desea. La visibilidad contemporánea de la mujer le procura por fin ser observada; su imagen se distancia de la realidad en las hojas impresas que la imprenta tira sin ningún pudor: mujeres escritas, mujeres fotografiadas, en blanco y negro, en papel *couché*¹⁸, señoras en colorín. Aún así, al verse observada, la mujer sufre el padecimiento que comporta saberse reconocida en sus cicatrices, puntos de sutura tan mal resueltos como los del hombre. Ella, que ha obligado al observador a abrir el ojo, se irritará al sentirse descubierta, flaqueará en sus certidumbres que, por vez primera, son suyas de verdad. No se siente pues la mujer contemporánea una mujer más sabia, más segura de sí misma. Es ciertamente más conocedora e informada¹⁹, más responsable de sí misma, autónoma y eficiente para el uso y manejo de la vida pública, además de la privada, de la que ya era maestra. Vinculadas las dos esferas de la utopía liberal, las mujeres siguen guardando la llave del espacio privado. ¿Hasta cuando? ¿Para qué?

Fabuladoras.

Antes que sujetos de la historia, las mujeres han sido agentes de una narración que las angustia porque se saben fuera de la misma. Las mujeres rememoran²⁰ siempre, son de hecho artífices de un proceso que no tiene principio ni fin porque es la esencia de la privacidad la que da sustancia a su historia. Un liberalismo ampliado más allá de la dimensión estrictamente cívica propicia el surgimiento de nuevos objetos de interés ¿Se puede explorar la historia desde la experiencia y la rememoración femenina? Para aportar una respuesta sensata habría que indagar en los textos escritos por mujeres, textos leídos por ellas, referidos a ellas. Ellas están ahí, lo han estado siempre, para mirar y transmitir, generalmente por caminos que no dejan rastro, el tránsito de una época histórica a otra, siempre que la aparición de nuevos sistemas de valores altera el ritmo vital de las gentes. El

¹⁸ ROIG, M.: *Mujer y prensa del siglo XVII a nuestros días*. Madrid, Mercedes Roig, 1977.

¹⁹ MORANT, I.: "Las mujeres en los espacios del saber ilustrado. Trayectorias y tensiones". En PASCUA, J. y ESPIGADO, G.: *Españolas y europeas. Entre la Ilustración y el Romanticismo*, Cádiz, Universidad, Ayuntamiento de El Puerto e Instituto de la Mujer, 2003.

²⁰ RUIZ-DOMENECH, J. E.: *El despertar de las mujeres. La mirada femenina en la Edad Media*. Barcelona, Península, 1999.

gesto de la mujer que mira las acciones de los hombres es tan frecuente en la historia como resulta infrecuente la mirada sobre él.

La narración, la escritura en particular, ayuda a comprender cómo hemos sido. ¡Menuda obviedad!. Los modos de pensar en femenino y la historia de la tergiversación expresada en los mitos sobre la naturaleza del mundo femenino están en ella. En el siglo XVIII las mujeres son escritoras prolíficas de ficción y a comienzos del XIX ocupan un lugar importante en la novelística europea. Si bien la novela no gozaba del alto status conferido a la poesía, sin embargo es altamente apreciada por las lectoras femeninas precisamente a cuenta de su esencia *fabuladora*. Pero, cuando, en el XIX la novela gana terreno a la poesía las mujeres son relegadas dentro de ella a la categoría de narradoras secundarias. No en vano se dice de Jane Austen que se ocupa de novelar la *vida doméstica*, de todas esas criaturas escasamente heroicas que pueblan la campiña inglesa de estados anímicos levemente apreciables, un objeto literario seguramente menor. Lo sorprendente en esta narradora no es que no haya pasado desapercibida entre otras de su época sino que en la actual obtenga el rango y consideración de sus congéneres masculinos más notables. A lo mejor descubrimos que detrás de una apariencia liviana, la escritora bucea en profundidad y lo hace tanto o mejor que cualquier escritor de su tiempo, revelando asuntos que ellos no serían siquiera capaces de intuir.

Quizá no sea desacertado evaluar como tajante el juicio que los hombres vienen teniendo acerca del papel de las mujeres en tanto agentes de la transmisión de la memoria. El criterio de las mujeres no es válido –dicen– porque ellas tergiversan, engañan, ¿qué otra cosa puede esperarse de una naturaleza mentirosa como es la femenina²¹? Y si no, que se lo pregunten a Adán. La voz de las mujeres es –en el otro extremo– una voz incapaz por obra y gracia del estigma de la creación. Así que, bien sea por mentirosas, bien por incapaces, las mujeres no han disfrutado, ni siquiera en las épocas de una evidente emancipación, de las condiciones adecuadas que, a juicio de narradores solventes, exige la construcción del tiempo histórico. Las mujeres siguen estando acertadas en el ámbito de la ficción –defienden– un terreno más emotivo y artístico, en el cual pueden enseñorearse sin perjuicio de nadie. Las mujeres escriben para las mujeres. ¡Qué aburrimiento!

Hay un tercer discurso, en cierto modo redentor, que les otorga la cualidad de observadores fiables. Este es el discurso de la diversidad. Las mujeres –escuchamos– poseen una psicología retorcida. Además, sus personalidades son tan variadas como las del resto de los mortales. Ciertamente hay mujeres cultas y refinadas, analfabetas e incluso muy brutas; elementos enamoradizos y hasta místicos, señoras depresivas y lánguidas, radicales y exaltadas; buenas mediadoras, políticas de raza y hasta mujeres que son capaces de vertebrar ellas solas a todo un clan (estimemos en este caso a las viudas de los mafiosos

²¹ Aziyadé, la amante circasiana de Pierre Loti, se muestra inocente, aunque aplicada al mismo tiempo en el uso de la mentira. No hay sino naturalidad en ella. Dobla su vida en dos, la que pertenece a su viejo dueño turco, de quien es esclava -o esposa de harén, como se quiera-, y la que comparte por las noches con su amante occidental, el joven marino inglés, Loti, seducido por la teatralidad de una puesta en escena doméstica, oriental y a la vez mística. Aunque solo es una niña –tiene diecisiete años– es ya una experta en las artes de la confusión masculina. Sin embargo, el marino se salvará, terminará por volver a casa, tras una convivencia tan apasionada como ilusoria. En la distancia, Aziyadé ya no es una engatusadora, solo es la *pobrecilla* abandonada a su suerte que acaba muriendo de amor. Ella no sobrevivirá, pero él sí. Y navegará por mundos ignotos y conocerá a otras *Aziyadés*, a las que también considerará dignas de su interés literario. Aziyadé es analfabeta, ella no puede escribir. Se conforma con ver y sentir; recuerda y no olvida. La memoria de Aziyadé es pues la de Loti. Ver LOTÍ, P.: *Aziyade*, (1886).

sicilianos); las mujeres pueden ser en definitiva variadas, previsibles y originales, vulgares incluso. Se reconoce que su memoria, memoria a medio camino entre lo privado y lo público, goza así de la misma cualidad diversa. Convengamos en que no es poco.

Si algo se reconoce como un rasgo común a todas es que conforman un género por lo general proclive a la narración. Las mujeres son charlatanas, practican la incontinencia verbal, se dice, y algunas son incluso fervientes lectoras. Conocemos a mujeres cuya vida se nos imagina intensa e interesante, mujeres cuya mirada resulta valiente y que enfocan sus energías con una súbita tenacidad hacia objetivos de muy diversa índole, mostrándonos que el conocimiento de uno mismo –la parte privada– de su entorno inmediato y personal –su parte *pública*– puede llegar a ser un instrumento hasta cierto punto eficaz para la construcción social.

Con todo, el juicio –ya no sobre su experiencia– sobre su mirada resulta abusivo. En el nacimiento de las sociedades urbanas y burguesas, allá por el comienzo de la Baja Edad Media, las mujeres son acusadas de perturbar el orden social. La misoginia en la mirada del hombre es, a juicio de expertos medievalistas, una constante. Eva, la mujer *fatal*, surge irresponsable e hipócrita y queda inscrita en el imaginario de la cultura europea, fruto, no tanto de la indignación masculina como del descubrimiento de la diferencia. A fines de la edad moderna se adjudica a un varón la obra de Trótula, una médica ilustre del siglo XI, autora de un tratado de medicina femenina traducido y copiado durante siglos, impreso y difundido a partir del siglo XVI. También procedente del siglo XI, en Francia se sabía de la existencia de Dhuoda, autora de la primera obra francesa de pedagogía. Sin embargo los maestros aprendían que el primer autor en la materia era Rabelais, seguido, por supuesto de de Montaigne. ¿Puede darse mayor forma de afrenta a la memoria que su anulación? Las mujeres expresan su indignación por una forma de maltrato enquistada en la memoria. Es posible que abandonen sus dotes para la complacencia, real o fingida –cada quien que piense lo que prefiera, y se tornen rencorosas, mezquinas. ¿Luchadoras, quizá?

Desde el rencor, las mujeres comienzan a medir su parte de acierto en que las cosechas sean mejores o en que los niños crezcan y que lo hagan sanos; en que los maridos lleven limpia la camisa, y que la casa, con el techo a punto de desplomarse, aguante un año más sin la reparación que cuesta el dinero del que la familia no dispone. Desde el rencor, las mujeres expresan cuánto cuesta lo que todos poseen y qué parte de responsabilidad les cabe a ellas en tal beneficio. Desde el rencor hablan, cuentan, planean, solicitan, exigen.

¿Qué cuentos son los que ellas van diciendo? Las mujeres no hablan de batallas o de pactos entre reyes –algunas sí–. Las mujeres hablan del *tiempo de la vida*. Las mujeres rememoran utilizando los principios teóricos del arte de la memoria, sustentada esencialmente en la imagen, el gesto y la palabra. Con su testimonio, las mujeres de todos los tiempos ponen de manifiesto lo que no se ve, aquello que carece de visibilidad, rompiendo el discurso monolítico de legitimación, discurso masculino. Al ser testigos de la Historia, antes que historia en sí, las mujeres abandonan el relato épico e indagan acerca del funcionamiento interno de las sociedades, al tiempo que ponen de relieve su propia imagen y su forma de entender el mundo. En el inicio de la modernidad se adopta el punto de vista de que conocer el pasado ha de servir para construir el futuro –un punto de vista útil sin duda en aquellos días. La narración de las mujeres –ellas son *los cuenta cuentos*– mantiene activa la memoria genealógica y, a través de ella, los intersticios de la memoria colectiva.

Los trazos de la inocencia.

Vayamos por partes, porque quizás no debamos tomarnos las cosas tan a la ligera. Ahora es cuando toca enfatizar la importancia del texto, texto literario para ser más exactos, en el discurso del historiador. La literatura no ha de ser una ilustración de la exposición histórica, sino una fuente de investigación en sí misma. El historiador que se acerca a la fuente literaria no busca en ella los valores estéticos, sino el testimonio de una forma de vida, de la encarnación social de unas creencias, de una cosmovisión colectiva²². Parece este un juicio sensato, muy aproximado a lo que cualquier historiador de hoy en día no se atrevería a rechazar como un criterio de validación de fuentes. Las mujeres leen y escriben literatura, expresan mediante la literatura los vicios ocultos de las sociedades que dominan internamente, se quejan de las injusticias del mundo por medio de la intermediación de otras mujeres, sus heroínas, e incluso, usan la literatura para interrogar al pasado y ser más críticas o condescendientes con los males de su propio mundo.

Ni mi memoria de lo real, que ya va siendo extensa, ni siquiera la memoria de otros y otras que vivieron antes que yo me da para albergar la sospecha de que en otro tiempo, menos proclive a valorar el papel de las mujeres en el mundo, la cosa haya sido de otra manera. Quizá cuando las mujeres eran analfabetas, y no sabían nada acerca de literatura comparada, ni siquiera de la historia de los generales que leían sus maridos... Pero, incluso entonces, cuando las mujeres no sabían leer y escribir y, si acaso, miraban las fotos de las revistas en las que se insertaban bocadillos de texto mal tipografiados, o escuchaban las horrendas historias de penuria que les sucedían a un montón de chicas tan pobres y desgraciadas como ellas mismas; incluso entonces las mujeres gustaban ya de la literatura. Su enfoque de las cosas era más literario y el rebuscamiento con el cual ensartaban argumentos más hábil también que el de ellos.

¿Qué observan las mujeres en sus lecturas –incluso las no leídas– que les sea tan grato o de tan enorme utilidad? A menudo he pensado que el reconocimiento e identificación de las mujeres en la mayor parte de los textos que les ilustran, les agasajan el corazón o les proporcionan un tema de pensamiento y hasta de tertulia, no es otro que el descubrimiento de pistas para hacer acopio de los instrumentos que les permitan desarrollar formas de poder tácito circunscritas al mundo que habitan. A ellos les pasa exactamente igual con las hagiografías de sus héroes preferidos.

Y la inocencia lo es. Es una herramienta esencial del ejercicio tácito del poder femenino en la sociedad doméstica. Ellas lo creen así y ellos, por su parte, dejan que ellas se mantengan en el supuesto engaño. La inocencia es el atributo por el que se identifica a la mujer del gentil hombre. Ella es vista sin mácula, expresión de perfección y la pureza; no es pues un prisma amoroso ni pasional aquel desde el que se la observa. El burgués detiene su mirada sobre ella con “un hálito de vanidad satisfecha”, más propio del coleccionista que del amante enardecido. El rey y la reina se unen para reinar en sociedad: “(...) y contempló el joven rostro absorto con la emoción del propietario, donde el orgullo del iniciador masculino se mezclaba con una tierna reverencia por la abismal pureza de la joven”, pone en boca de su protagonista enamorado Edith Warthon²³. Las muchachas inocentes se visten de blanco y trazan caminos de flores sobre su cabellera reluciente y recogida. Cualquier perplejidad que le nuble el entendimiento se borra de

²² LANGA LAORGA, A.: *La sociedad europea del siglo XIX a través de los textos literarios*. Madrid, 1990, pp.32-33.

²³ WARTHON, E.: *La Edad de la Inocencia*, Madrid, Tusquets, 1996, p. 14.

golpe al descubrir el burgués en la mirada del otro la admiración y la envidia que provoca su dominio sobre la bella criatura.

Disuelto el concepto de la inocencia, ¿qué queda si no? La inocencia era en sí misma un elemento de distinción muy útil a la condición femenina, siempre que se supiera hacer un uso inteligente de él. Eran quizá, los del victorianismo, tiempos de escasez en materia de armas por lo que al denominado sexo débil se refiere. Lo cierto es que se podía luchar con bien poco. Las formas tácitas con que las mujeres desplegaron sus habilidades en la historia merecerían de por sí, además de un inventario, un análisis minucioso del efecto real sobre depende qué objeto. Digamos que, en términos de *gran historia*, y dejando al margen la influencia de Josefina sobre Bonaparte, las mujeres han recurrido a las argucias domésticas con fines en realidad muy modestos. Lo cual no debería restar valor al particular porque, en su reducido radio de acción, las mujeres han sostenido con dolor y encomiable paciencia, a la jauría que se ha dado en llamar humanidad. Otra cosa es la historia de los Estados y hasta de las naciones. En ella, el valor de las formas tácitas del poder femenino queda evidentemente ahogado en el de los grandes discursos. Con todo, la perdurabilidad de las costumbres en el seno de las sociedades tradicionales, de Antiguo Régimen o burguesas, emana siempre de los usos soterrados del poder. Y de esto sí sabe la literatura. La Literatura con mayúsculas, la literatura de las construcciones burguesas del XIX.

Vayámonos ahora a América, al último tercio del siglo XIX, y contemplemos una sociedad tan robusta y emprendedora, tan segura de sí misma como estúpidamente victoriana aún, pese a ser el de los Estados Unidos el estandarte de una casa ocupada en fabricar su propio tegumento social; una nación fuera ya del ojo de la Vieja Europa, que ninguno de los Imperios toma aún en consideración²⁴. Leamos con atención los textos de Henry James o miremos evaluadoramente los escritos por Edith Warthon, la alumna más aventajada del maestro. En la *Edad de la Inocencia*, y ya desde la primera página del texto, se hace alusión a las convenciones intocables. Los personajes presumen de no haber variado sus costumbres en generaciones. La escritora nos pone delante de los ojos la estructura heterogénea de una sociedad que presume de ser cerrada, monolítica, racionalmente homogénea; una configuración social en la que la suprema utopía del liberalismo se ha hecho realidad al fin.

En la novela, la autora describe la existencia de dos espacios delimitados por la diferencia de sexo²⁵. El mundo de las mujeres por una parte, que en la casa ocupan el menor de los espacios -el piso inferior, el cuarto de estar, donde hacen su costura. Sus conversaciones están vedadas a los hombres, clausuradas. El mundo de los hombres, por el contrario, en el otro extremo de cualquiera de las viviendas -son todas similares- cuya presencia *enciende, domina*, el hogar y le dota de estabilidad -¡mentira! Su espacio específico, el de ellos, es mayor -

²⁴ Hay un antes y un después referido a la Guerra de Secesión por lo que a la configuración social del país se refiere. Los historiadores lo saben bien. Véase al respecto SCHELESINGER, A.M. Jr.: *The Cycles of American History*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1986. Esta guerra, como cualquier guerra, fusionó hábitos dispersos en una geografía extensa y variada, y diluyó la cerrada cosmovisión social europea aún presente en muchos ámbitos. Fundió, en definitiva, la condición particular de cada cual en su personal circunstancia que no era ni más ni menos que la de tantos otros, construyendo un único plano de experiencia -el del horror y la atrocidad, el de la carencia y la miseria- que igualaba condiciones, sociales, raciales y de género. Un magnífico referente literario es la narración de DOCTOROW, *La gran marcha*, Madrid, 2006.

²⁵ PATEMAN, C.: *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995. Para que el proyecto liberal político de los hombres sea materialmente posible, las mujeres quedan reducidas al espacio doméstico. En el silencio del hogar las mujeres no existen. Su potencialidad en tanto problema se desvanece porque no está. Parece de lo más *natural* que así sea.

y eso que no pasan tiempo en el hogar del que, en cambio, ellas salen poco, lo justo para visitar y tomar el aire-; está situados generalmente en la planta superior de la vivienda – cualquier otra disposición estaría vista como una excentricidad. La Biblioteca es el lugar masculino por excelencia; en él toma forma el rito vespertino de fumar y se desbocan las liberadoras conversaciones malsonantes, en las que las mujeres no tienen cabida. En ella atracan los cargamentos de libros venidos de cualquier parte de Europa. La experiencia de la lectura está sugerida por el varón, que indica a las mujeres qué deben leer para entretener su ocio y proporcionarle con ello una conversación agradable; solo si él se la demanda. Así, los libros, emisarios comprometidos de una decisión ajena al lector, viajan a las estancias femeninas, en las que por lo general nunca permanecen.

Pero ¿Y si ella trasgrede el código, y si las mujeres adoptan espacios masculinos como propios y los hombres se ven forzados a acudir a ellos acompañados por mujeres que proceden de un ámbito dual, público y privado, y que presumen de confundirlos? América va a la zaga de Europa y la autora denuncia la antigüedad de las costumbres en el nuevo mundo. Quizá se inventa a sí misma cuando nos propone a una Mme. Olenska, la heroína que habita por gusto un espacio no específicamente femenino, una estancia en la que, además de los estigmas propios de una dama, también pueden verse pinturas de extraño formato y libros. En este espacio, ni sala de estar femenina, ni biblioteca masculina, Olenska tiene una conversación de igual a igual con su joven enamorado, un notable abogado un tanto perplejo aunque fascinado por las costumbres transgresoras de la dama. En este espacio ambos comparten el calor del hogar y el rito del tabaco. Olenska le habla directamente del tema de la libertad de las mujeres en la sociedad; las mujeres –opina él complaciente- deberían ser libres... tan libres como *nosotros* (refiriéndose al sujeto masculino), percatándose al instante de que no ha sometido su juicio al código social.

Los cuentos que apasionan a las mujeres les hablan del lenguaje de los gestos, del diálogo entre sexos, que nunca puede ser franco ni directo; de los temas que pueden abordarse de manera directa y de los que no pueden hacerlo en forma alguna. En las páginas de los libros las mujeres descubren el lenguaje de la mirada, de las gesticulaciones precisas, de los silencios. Códigos que están sometidos a tiempos de carencia cultural y temporal, que no es ajena a los cambios de mentalidad, de los usos y de las costumbres, pero que las mujeres archivan para sí y para los que vendrán a continuación de ellas.

La inteligencia liberal recurre a las mujeres para que aprendan lo que es preciso preservar. Enseña que educar a las madres de familia para que hagan bien su tarea es imprescindible en el futuro de las jóvenes naciones. Son ellas quienes han de formar a las nuevas generaciones en los valores de los que quizá no hayan oído nunca hablar: el patriotismo, la ética del trabajo o la creencia en el progreso. ¿Son estos valores propios del espacio privado en el que se desenvuelven? Con todo, ellas lo hacen, porque son obedientes. Criarán hijos patriotas y les enseñarán que han de trabajar muy intensamente allí donde se requiere esfuerzo²⁶.

¿Pero está ella realmente satisfecha de ser evaluada en tanto sujeto complaciente? La princesa complacida es objeto de mimos y custodia. Puede exigir sus caprichos solo a cambio de que permanezca. Qué más se puede pedir. Nada malo puede sucederle en semejante régimen de cosas; excepto tal vez que su marido no sea con ella lo honesto que debiera, en

²⁶ Ver, FLORESTA, N.: *Opusculo Humanitario* (1853), libro de ensayos que busca modernizar los usos y costumbres de la vida en familia a partir de la educación de las mujeres, con un trasfondo de moralismo católico. Sus ideas tuvieron eco en la burguesía brasileña de aquel tiempo. *Opusculo Humanitario* fue publicado en periódicos de la época bajo un seudónimo masculino.

cuyo caso ella podría optar por elegir a su vez el doble rasero —raramente se atreverá— o, sencillamente huir del así llamado hogar. Olenska huye, y paga cara su elección. La soledad es el castigo.

Tránsito y desarraigo.

El viaje bien puede ser una salida preferible a la muerte causada por un exceso en el ejercicio de la complacencia, una forma de huída perdurable. Pero la mujer que viaja, y sobre todo si lo hace en solitario, es ya una mujer muerta. Cuando ellas viajan, cuando compran en los bazares locales y pasean por los vericuetos adoquinados de ciudades remotas, en general recelan de la contemplación arquitectónica. La arquitectura —a juicio de ellos— es una afición superior, eminentemente masculina; por el contrario, ellas defenderán, a capa y espada si hace falta, el valor de un buen paisaje como objeto artístico; no solo lo defienden, sino que lo retratan en sus hojas de dibujo; también lo describen, en sus amenos juicios acerca del bienestar que procura al alma la naturaleza domesticada.

Una viajera también es una mujer desplazada y errante. La viajera se prolonga a sí misma en la experiencia renovada que proporciona el viaje. Quién nos dice, pues, que las viajeras decimonónicas no tuvieran el pequeño afán de construir, por obra de sus particulares desplazamientos, sus propias identidades²⁷. En el siglo XIX las mujeres, ya fueran viudas o solteras o, aún peor, las que osaban divorciarse o simplemente abandonar marido y familia, se asemejaban en alguna medida a las gentes cosmopolitas de hoy en día, transeúntes de las fronteras.

La neoyorquina Mme. Olenska, a la que ya conocemos —europea para los estadounidenses y americana para los europeos— es un buen ejemplo de ello. Tras recorrer media Europa junto a su marido, busca en solitario un lugar acogedor donde instalarse; entre tanto, separada de él, un conde europeo de turbia personalidad que quizá la haya maltratado, la condesa mantiene un movimiento errático entre los dos continentes. Sus visitas, a parajes y domicilios propiedad de conocidos, de parientes lejanos que la miran con desconfianza y desasosiego, lugares urbanos o campestres, están recorridas de un fuerte anhelo. Anhelo de un sitio propio en el que parar, para quedarse, al fin, sola.

Todo desplazamiento que realicen las mujeres viene atenuado por artificios muy convenientes; quizás el más brillante sea la sublimación del viaje por medio de un elegante ideario romántico. Ideario latente, implícito, sublimado. Pero si acaso se les pregunta la mayor parte de ellas nos diría que, en realidad, preferirían quedarse, quedarse y no viajar. Si lo hacen, si viajan, no es por un por la pulsión insatisfecha del conocimiento y la posesión de lo aprehendido, que guía a la mayor parte de los viajeros masculinos. Ellas viajan por exclusión de otro estadio preferible, ya que todo viaje es en sí mismo un fastidio, es la negación del espacio conocido, dominado, del hogar. Es la privación de los afectos y la familia, de los objetos elegidos y custodiados, objetos amados como si estuvieran vivos.

Hay en el viaje de las mujeres un cierto sometimiento al sacrificio, un mesianismo también romántico. El viaje ha de ser insatisfactorio, porque las satisfacciones que debiera comportar su práctica arruinarían la función expiatoria que se le confiere. Todo viaje hecho

²⁷ PRATT, M.L.: "Reinventing América II: The Capitalist Vanguard and the exploratrices sociales," en *Imperial Eyes. Travel Writings and Transculturation*, London and New York: Routledge, 1992.

con independencia de criterio ha de terminar en fracaso y desaliento; y la mujer, desarraigada, ha de acabar sus días, sola y compadecida. Una anciana Mme. Olenska está dispuesta a recibir a su amor de juventud, Archer, en su piso de París. Él opta sin embargo por no acompañarla en el último tramo del viaje. Se queda de pie frente al piso de Olenska. Prefiere contemplar el brillo del sol en el cristal entreabierto de su balcón desde el que – imagina él- ella le contempla. Al viajar, ella ha optado por quedarse apartarle. Justo es que ahora reciba el castigo. Porque si el cuerpo las lleva y las trae, el corazón de las viajeras, permanece en casa. Si acaso es la impostura de un *yo* masculino la que las aleja del hogar²⁸.

Cuando la viajera y el viaje apuntan maneras, entonces ellas también saben hacer del tránsito materia prima para la supervivencia²⁹. La escritura del viaje iguala a las señoras y a los caballeros; las mujeres deberían poder vivir de la experiencia narrada como hacen los hombres ricos y gloriosos de las letras; incluso si la experiencia es un recurso para la sublimación literaria. Jane Austen no es precisamente un ejemplo de viajera empedernida. Sus movimientos, breves, locales, manifiestan una experiencia limitada, cómoda, espacialmente hablando. Pero Austen no precisa moverse, al menos no su escritura; la imaginación de esta mujer joven guarda tanta eficacia como si fuera una experimentada viajera³⁰. Trayectos de no más de veinte kilómetros tal vez, a pie, a lomos de corcel o en coche, aventuran tanto conocimiento como un safari en África, con sus horas extendidas en las que sedimenta toda la experiencia profunda del tiempo quedo.

Al moverse, la mujer desarraigada entra en contacto –a la fuerza- con otras realidades, con individuos de calaña y parecer bien distintos a los que habitualmente la custodian. Quizá, al contemplar, sienta el gusanillo de la comparación. Quizá se aventure a imaginar que algún aspecto de lo que observa e incluso experimenta está bien, que podría tener cabida en su propio espacio. Craso error, porque la función transformadora de las mujeres es aún imposible en la medianía del siglo XIX, y porque ellos –señores y obreros, burgueses y revolucionarios- detestan a las marisabidillas que les sugieren lo que conviene hacer, aunque sea para que todo siga como hasta ahora³¹.

²⁸ Carol Milford, protagonista femenina de *Calle Mayor*, (1920) concluye su aventura personal, su desventura al fin, por medio del viaje. El camino hasta Washington, desde Goopher Prairie, un pueblo como tantos otros del Medio Oeste americano es la única salida que vislumbra al encierro de su experiencia matrimonial. En medio de ninguna parte, en un lugar anónimo, ajeno a cualquier signo de identidad, su vida se construye en torno a la calle principal. Nada que no sea mediocre, vulgar, falto de tono vital puede esperarse de sus gentes. Más que un destierro el viaje es, tras una búsqueda infructuosa en lo inmediato, una salida obvia. LEWIS, S. *Calle Mayor*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 2003.

²⁹ TRISTÁN, F.: *Pérégrinations d'une paria* (1838) ; Sobre Flora Tristán: GROGAN, S.: *Flora Tristán. Life Stories*, London and New York, Routledge, 1998

³⁰ A la autora le bastará un desplazamiento imaginario hasta la abadía de Northanger para comparar el apresamiento de su existencia con aquella que imagina infinitamente mejor, siendo al cabo la certeza de que lo que se mira es solo un espejismo razón de peso para abandonar la mansión y volver a lo cotidiano. AUSTEN, J.: *La abadía de Northanger* (1818), se escribió como una sátira de las novelas góticas, tan populares a finales del siglo XVIII.

³¹ El doctor Kennicott, marido de Carrie, la heroína de la espléndida *Calle Mayor* de LEWIS, es un próspero médico rural. Al consentir que ella se marche, que huya temporalmente, respira aliviado; usurpará en el hogar la función femenina, esperará pacientemente el regreso de Carrie, su Carrie – supone- regenerada. Se dirá a sí mismo que debe guardar el puesto hasta que ella esté lista para volver. Porque Carrie –no le cabe la menor duda- solo tiene la opción del regreso. ¿Qué es el alejamiento sino la expresión del desarraigo, algo que cualquier mujer detesta?

Las plataformas políticas de finales del XVIII en Francia tienen entre sus ocupantes a mujeres cuya perspectiva de acción, obviamente burguesa, contribuye a reforzar el republicanismo del país³². A mediados de siglo las mujeres nómadas pueden transportar de un lado a otro, ideas cosmopolitas y libertarias. En Europa, principalmente, las comunidades de intelectuales hacen gala de una sintonía que las mujeres reconocen como propia³³. En la primavera de los pueblos (1848) –generación lastrada por la desilusión³⁴– y durante la Comuna (1871) las mujeres incendian los límites impuestos por la tradición histórica, muy a pesar de sus compañeros revolucionarios³⁵, que han de temer convertirse en el hazmerreír del resto de los varones si acaso exhiben su camaradería para con ellas.

Comienzan con timidez, exhortando a los maridos que se tiren de cabeza al vacío de la lucha³⁶. Pero una vez estalla la guerra, la que trastoca la paz ordenada de la Restauración, las mujeres se organizan en grupos para entrenamientos de contenido militar. Son las *Vésuviennes*. Limpian y cargan las armas, construyen barricadas, y hasta se disfrazan de hombres para luchar a campo abierto. Algunas dirigirán grupos de combate integrados exclusivamente por hombres. En las algaradas y choques armados se entrecruzan reivindicaciones sociales y políticas, también reivindicaciones de género. Ciertas mujeres acaban de dar la razón a quienes las acusan de comportarse como fieras, seres indómitos que requieren de la mano firme de un domador. El sistema echa mano de las trabajadoras, que escuchan que el socialismo defiende la igualdad de las mujeres con respecto de los hombres, una idea que ellas rápidamente asocian a la emancipación de clase, a la superación en definitiva del orden existente.

¿Pero acaso pueden mantener la casa en orden si se les permite participar formalmente en la escena pública? ¿Puede el voto acallar las voces levantiscas que auguran a la utopía liberal un futuro concluso?³⁷ Las mujeres, cuenta la historia, fueron excluidas del voto durante el siglo XIX, y sin embargo no se escribieron leyes que exhibiesen explícitamente dicha exclusión. El censo, el analfabetismo o la bancarrota sí fueron impedimentos usuales, nunca lo fue –que yo sepa– la condición femenina. El consenso a

³² *La Sociedad de Mujeres Republicanas Revolucionarias* (1793), fundada por Claire Lacombe y Pauline Léon, por ejemplo.

³³ Tristán fue incluida en el fenómeno del feminismo saint-simonista francés.

³⁴ Así lo expresa FLAUBERT en *La educación sentimental*, magnífico cuadro que retrata el estado del espíritu de toda una generación, la que vivió la revolución de 1848. Ed. París, Gallimard, 1935; en castellano, Madrid, Alianza Editorial, 1981. En el texto, la señora Marie Arnoux, la musa del protagonista, Frédéric, es una mujer hermosa, diez años mayor que él. Ella es el amor eterno, porque él no la puede poseer y no la puede poseer porque está casada. Pero cuando por fin viuda y puede hacerla suya ya no la ansía. Flaubert dibuja a Marie como a una mujer conformista, tentadora aunque dependiente de su esposo. No deberíamos extrañarnos ya que, ¿no es la relación de Frédéric con el mundo la que fija el interés del narrador? El joven participa en uno de los momentos históricos de Francia y sin embargo se siente en crisis, ha perdido el sentido de la trascendencia que la cultura adjudica al varón. ¿Se habrá vuelto Frédéric una mujer? Como muchas mujeres de su condición social codicia lo que le falta pero cuando lo consigue se contagia de su aburrimiento y lo desprecia. Pero, a diferencia de ellas, Frédéric desconoce el sentimiento de finalidad. Las mujeres lo conservan.

³⁵ TODD, A.: *Las revoluciones. 1789-1917*, Madrid, Alianza, 2000.

³⁶ Anita Garibaldi, de origen brasileño, participa al lado de su esposo, el italiano Garibaldi, en las luchas por la unificación de Italia.

³⁷ ROMANELLI, R. (Coord): *How did they become voters. The History of European Franchise in Modern European Representation*. London-La Hague-Boston, 1998.

favor de la exclusión es rotundo no obstante. Refiriéndome a Francia otra vez, recuérdese que la Primera República (1791) establece el voto universal masculino.

Han sido las tradiciones, el uso normativo occidental, los lastres que han fijado la experiencia de las mujeres al seno del cuerpo familiar. El padre, primero, el marido, después; en su defecto el hermano, e incluso el hijo varón, todos ellos las han presentado y representado en sociedad. Sus votos han valido por los de ellas. Y quizás sean en parte las mujeres quienes se hayan resistido a contravenir las reglas de esta succulenta herencia. La naturalidad con que se reina en familia bloquea la posibilidad de una experiencia política de género. En este particular capítulo, la contemporaneidad se construye incompleta, al menos hasta la segunda mitad del siglo XX. De lo que ha seguido desde entonces, habría tanto que decir...